

Bordados propios y ajenos

Un rebaño de elefantes

MARGARITA VALENCIA

Pre-textos, Barcelona, 2014, 95 págs.

Me considero un novelista visual, como Proust o Tolstoi, me expreso dentro de una atmósfera de imaginación visual, me gusta plasmar los sentimientos en una escena a través de objetos, haciendo un uso dramático de estos.

Orhan Pamuk

PODRÍAMOS DECIR que la colección de treinta relatos breves de Margarita Valencia –reconocida crítica literaria, traductora y editora–, titulada *Un rebaño de elefantes* pertenece al género de la “imaginación visual” que señala el novelista turco Orhan Pamuk. La prosa de Margarita conjuga la mirada introspectiva con la pintura de un paisaje familiar a través de un siglo de andanzas, mudanzas, alianzas y adioses. El libro funciona como una caja de muñecas proustiana que alude a la infancia y a cierto aire de *museo de la inocencia* del mismo Pamuk. En ese sentido, podemos imaginar a la autora fabricando su propio museo en una vieja casona de Cúcuta, tal como lo hiciera Pamuk en Estambul. Podemos verla repasando las páginas del álbum familiar, preguntando a sus ancestros por un nombre, por una calle, por una lata de conservas. Podemos seguirla, deteniendo su mirada en los papeles sueltos que recogen y embolatan vidas propias y ajenas.

Para quienes hemos escuchado y leído a Margarita, contemplar *Un rebaño de elefantes* es adentrarnos más en sus rincones secretos como lectora y como maestra de muchos lectores como nosotros. Estos relatos pueden leerse de alguna manera como la contrapartida de otro de sus libros, *Palabras desencadenadas* (Editorial Universidad de Antioquia, 2013), donde ya puede sentirse ese tono intimista de Margarita:

Yo tengo libros en casi todas las paredes de mi casa, pero el salón que llamo biblioteca es en realidad el comedor. Se llama biblioteca porque tiene un mueble que fue pensado para ese oficio y para ese lugar... como

todos los objetos de la cotidianidad, los libros de mi biblioteca se apartan para dejarme pasar o se me acercan sin sobresaltarme cuando saben que los necesito. Son los guardianes discretos de mis demonios, depositarios de mis obsesiones y de mis veleidades pasajeras.

En *Un rebaño de elefantes*, Margarita logra tejer a lo largo de sus relatos una telaraña visual en microescenas cotidianas que nos permiten captar su sensibilidad y su mirada poética sobre el mundo. Lo podemos ver por ejemplo en una escena banal (pero en el sentido de Péric), que transcurre durante la “llegada” por primera vez de los electrodomésticos. La voz de Margarita le da un giro a los recuerdos, pues las cosas tienen nombres:

La primera vez que mis papas fueron a Nueva York juntos trajeron la nevera, que se llamó Pepa, y una lavadora que no tuvo nombre. Trajeron también abrigos para los niños: los de las niñas eran de paño escocés rojo por un lado y gabardina para el otro, con bolsillos y capucha. La de mi hermano era verde y más corta, pero venía con un sombrero con visera y orejeras. [pág. 47]

Constatamos aquí igualmente el humor que acompaña al libro y que caracteriza en buena medida el estilo de Margarita.

Por otra parte, el libro juega con varios registros literarios que incluyen lo epistolar, las memorias infantiles y los diarios íntimos, muy ligados a la tradición francesa que entre nosotros cultivaron Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón. A lo largo de la lectura vamos encontrando papeles y más papeles regados por la vida de una familia de Cúcuta en Bogotá a lo largo del siglo XX, que va *afincándose* en la vida y memoria de la autora hasta tener que enfrentarse a la historia (con hache minúscula) para tratar de juntar tantos fragmentos sueltos. Esto hace del libro una especie de “papeles inesperados” en un sentido cortazariano, como algo que llega en una botella del otro lado de la vida e irrumpe en otro siglo, sin avisar: “Ella, que es una niña inquieta y nada tonta, va recogiendo pedacitos de aquí y de la, y juega con ellos” [pág. 17]. Margarita nos va sumergiendo en

esos pedacitos de vidas ajenas, incluso para ella y su familia, porque lo ajeno implica el distanciamiento. Allí aparecen entonces sus abuelos, a través del velo de lo epistolar, del primer enamoramiento que Margarita va citando con fragmentos de cartas y con anotaciones suyas, como una inmensa tela que ella tiene que bordar cada día y deshacer cada noche, para que todo quede bien ajustado. Moderna Penélope en busca del tiempo perdido... Nos encontramos con cajones, retazos, celofanes, ollas y máquinas de coser que están ahí para recordarnos algo perdido de vista acaso por casualidad. La escritora nos lleva a esos confines, evocando las voces de sus abuelos: “quisiera escribirte más largo, pero ya el vapor esta pitando y es tarde”, dice la abuela en 1920 en vísperas del matrimonio, y el abuelo responde: “todo está listo. Solo me falta tomar el tren y serás mía”. Vapores, trenes, soplos de vida de hace un siglo que desembocan casi en el silencio, si la nieta no viene a salvarlos de alguna manera.

En medio de la microhistoria familiar también irrumpen y ponen a temblar las tapias y los patios, los murmullos de la historia que se cuelan por las pensiones e inundan a todos, como en la película *Confesión a Laura*:

El 9 de abril marcó el comienzo del final de una época, la época a la cual pertenecía mi abuelo por edad y por afinidad ideológica. El ciclo se cerró cuando el dictador disolvió la corte porque los magistrados no quisieron legitimar su mandato, y el abuelo, sin oficio en la capital, empezó a pasar en Cúcuta temporadas cada vez más largas. [pág. 43]

Después vendrán los viajes a Nueva York, y el descubrimiento de un nuevo mundo, o más bien el reencuentro con el viejo mundo, el heredado, el de la tierra, el campesino, en Cachira y más papeles regados. Idas y vueltas a Cúcuta, mientras los años van pasando entre las voces superpuestas de Margarita y su madre, llegando hasta finales de los años cincuenta. Idas y vueltas. Paso de fronteras. Otros descubrimientos, San Antonio, en Venezuela, las frutas enlatadas y otros papeles enrollados, otros colores, otros sabores.

El libro también está hecho de los seres que van muriendo, las casas que van quedando atrás, los objetos que no

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>se disuelven. El arte de evocar seres y objetos es la razón de ser del viaje al pasado de Margarita. Hay una forma de nombrar las cosas que no nos deja indiferentes a nosotros, lectores más-que-ajenos que llegamos al libro como quien llega a una postal que pasa de mano en mano hasta perderse en un baúl de una vieja casa sin nombre. La literatura nos permite entrar en esos callejones de la memoria y nos brinda la oportunidad de captar las vibraciones del tiempo, a través de los bullicios y los silencios de todos aquellos que nos precedieron. Este ejercicio nos recuerda a “Los muertos”, de James Joyce.</p> <p>Aun así, llegados a este punto queremos decir que la literatura de Margarita no apunta a las fantasmagorías del pasado, sino a lo inquietante que resulta para los vivos, para los que (se) quedan, el contacto con tantas historias ajenas, prestadas, aunque en parte vividas a otro ritmo, con otra intensidad. El libro va llegando a su epílogo, “al postre de mamá” como un caracol, cruzando de nuevo las redes epistolares ya no con los abuelos, sino ahora con los padres. Margarita está a punto de nacer: “desde el mismo momento en que nos despedimos (¿te acuerdas, en el parque de Chapinero?) empezó a llover. Creo que el sol no sale porque no estás aquí y para que el tiempo esté de acuerdo con mi humor gris”, dice el padre [pág. 93]. Nos quedamos con el sabor de los duraznos de las casas del pasado, y deshojamos de nuevo <i>Un rebaño de elefantes</i> desde el café <i>Ánima Victa</i> de Chapinero, en la calle de los anticuarios, a la vuelta de donde transcurre buena parte de la trama de una fascinante novela que leímos en estos días, <i>Y tú, que deliras</i>, de Andrés Arias, con quien Margarita comparte el viaje-en-el-tiempo hacia escenarios pretéritos que nos siguen dando vuelta en las tardes mustias. Nos quedamos pues sintiendo el olor del café con panela del abuelo de Margarita, mientras llega otra lluvia y la continuación de estas memorias <i>a tientas</i>...</p> <p style="text-align: right;">Alberto Bejarano Investigador del Instituto Caro y Cuervo</p>		